



LETRAS DE PIRONIO II

Pironio's Writings II

Leonardo Javier Ponce

leojavierponce@gmail.com

Seminario Mayor San José – La Plata – Argentina

Resumen

El presente artículo continúa con la publicación de escritos del Siervo de Dios Eduardo Francisco Pironio. En esta oportunidad, se trata de un relato que él escribió durante el año 1938, siendo seminarista y estudiando en el Seminario Mayor San José de la Arquidiócesis de La Plata, publicado en la revista *Sapientia*, publicación histórica del seminario. El valor de los textos que se van publicando radica en que permiten conocer un poco más a Pironio en su juventud, quien hoy está en proceso de ser beatificado.

Palabras clave: Pironio, cardenal, seminarista, *Sapientia*, cuentos.

Abstract

The current article exposes an unpublished writing that belong to the Servant of God Eduardo Francisco Pironio. On this occasion, it is a story that he wrote during the year 1938, when he was seminarist and was studying on the Mayor Seminary San Jose from the Archdiocese of La Plata. The story was edited on the magazine *Sapientia*, a Seminary's historical publication. The value of these texts lies in what they allow to know a little more to Pironio on his youngness, who today is in process of being beatified.

Keywords: Pironio, cardinal, seminarist, *Sapientia*, tales.

Recibido: 20/05/2021

Aceptado: 04/06/2021

Publicado: 12/07/2021



REVISTA SAPIENTIA, AÑO II, N°1 – Fecha estimada: Marzo de 1938

SABOR CAMPERO

EL CAPATAZ

-Y... ¿pa' cuándo llega la hacienda, capataz?

-Pa cuando caiga el sol, ha de ser.

.....

El capataz de la "Estancia San Juan", era un hombre petiso, fauzudo, colorado de cara, irradiando salud, pero bastante quemado del sol, de pestañas gruesas y largas, y de barba negra y tupida como matorral. Se llamaba Hilario. Desde niño se había criado siempre en el campo, porque en su seno nació y lo amaba mucho, mucho, como a su misma Patria. Para él el campo era todo.

El amanecer hermoso de la primavera, acompañado de los encantos de la aurora; el cielo estrellado en las noches limpias del verano; el grave silencio de los atardeceres fríos y tristes del invierno; la rústica melancolía de las tardes grises del otoño; las negras tormentas anunciadoras de grandes aguaceros, los gritos de los sapos en los charcos cuando llovía, los cuentos sencillos y hermosos de los antepasados relatados por su padre, después de la cena; todo eso le gustaba a Hilario de alma sencilla y sensible. Y por eso se criaba en medio de ello, con alegría grande, y por eso amaba tanto el campo.

La primera vez que salió del campo en que nació, fue para entrar en otro.

El patrón de la estancia "El Hinojo" conocía a Hilario desde chico, y lo quiso ocupar de peón. Hilario aceptó; ganaría unos cuantos pesos e iría formando su capital. Trabajaba mucho, sin cansarse, siempre con el mismo amor al campo.

Así fueron transcurriendo, día tras día, los meses, y meses tras meses, el año. Empezó el segundo, y lo acabó también.

Pero... Hilario andaba de relaciones con una puestera del campo lindero, y quería casarse; quería que lo llamasen Don Hilario. Hacía tiempo que lo había pensado, pero el dinero no le alcanzaba, el sueldo no le bastaba para dos. ¿Qué hacer? Se resolvió, por fin, a buscar un nuevo puesto, donde el sueldo pudiera alcanzar para sus aspiraciones.



Una mañana supo por medio de un peón de la estancia "San Juan" que el capataz de dicha estancia había sido echado por unos robos sucedidos, y que el patrón andaba como loco, buscando una persona buena y capaz, para ofrecerle el puesto.

-Y... ¿no he de poder ser yo? -Preguntó.

-Tal vez no má, Don.

-¿Se puede dir pá allá?

-A náide le niega el paso el patrón.

Y no esperó más.

Aquella misma tarde, después de la siesta, ensilló el alazón coludo, y salió al trotecito rumbo a "San Juan". Hacía calor; Hilario sudaba, y la tierra que levantaba el viento, y el alazán con los vasos, le hacía el camino muy penoso. La estancia "San Juan" quedaba a una legua de "El Hinojo", así que en poco más de media estuvo allá. Llegó cansado, sudoroso, sucio por el polvo pegado a la cara con el sudor. Un perro negro, grandote y un cusquito ovejero, lindo, le empezaron a torear.

-¡Juira, juira! -Gritaba Hilario remolinando el rebenque.

Después miró; no vio a nadie en la casa. Siguió un poco más, hasta el corral, y allí encontró, apoyados en el palenque, a tres peones de la estancia que él conocía, y que estaban enlazando potros para curarlos de los gusanos.

-Jüenas tarde, gente.

-Jüenas, Hilario, ¿cómo le va?

-Lindo, no má, Don.

-Apéese, Hilario, apéese no má.

-Ahurita, ahurita, Don. ¿Po' aquí trabajando siempre?... ¡¡La pucha, que está agusanado el malacara aquel!! Véalo, Don, véalo.

-No es el peor, Hilario, ¡si Ud. jüera po' el campo, y viera la caballada...!

-Pero... ¡qué cosa, Don! Yo no sé 'e qué será. Allá en "El Hinojo", está pasando lo mismo. Vea, los otros días me tocó curar un potro más arisco que el mismo diablo cuando se enoja; ni apenas sintió el cosquilleo... la pucha... si Ud. lo viera. Así no má, manias como estaba, salió que lo llevaba el diablo, y de refilón me alcanzó con la pata en la camilla, y vea, Ud. lo que m'hizo. ¡Si son más bravos!

-Ahurita no má, los dejamos que los cure el mismo diablo, si los puede sujetar. Pero... arrímese pa' la cocina, Hilario, vamo a mojar el gargero.

-¡La pucha... que se me reseco! Tengo el gargero, Don, si lo asiguro por Dios y por tuitos los santos, más pior que cuero 'e vaca flaca.

-¡¡Ja, ja, está güeno!!

Y los peones con Hilario se acercaron a la cocina. Hilario iba dejando el suelo marcado con el rodaje de las espuelas, y se golpeaba las alpargatas con la lonja del rebenque.

-Dígame, Don, ¿no está el patrón en casa?

-Y ¿cómo no ha 'e estar, Hilario? ¿Lo quiere, Ud., ver?

-Y... si no le jüera molesto...

-No, Hilario, ¡qué le va a molestar! Dentre no má po' aquella puertita, que ahí debe estar el patrón.

-Güeno, Don, gracias.

E Hilario salió rumbo a la puertita indicada, haciendo gritar las espuelas de plata, y haciendo mil aspavientos y preparaciones para entrar.

Al fin entró.

-Güenas tarde, Don Ruperto.

-Hola, Hilario, ¿cómo te va? ¿Qué es de tu vida?

-Y... ausinita, adivina, no má, Don.

-¡Cómo, ausinita! ¡Caramba, Hilario, si a vos siempre te va bien!

-Sí, Don, siempre... siempre... que no me va mal.

-Ja, ja. Está bien, y... ¿cómo es que te has llegado hasta acá?

-Quería hablar con Ud., y...



- ¿Conmigo?
- Sí, Don, con Ud.
- Caramba... Hilario, y... ¿de qué me querés hablar?
- De una cosa importante, pues.
- ¡Ah! ¿De una cosa importante?
- Pues claro, Don.
- Bueno, hablá, no más, Hilario.
- Vea, Don, yo he trabajao...
- ¡Ah! Y, antes que empecés a hablar (perdoná Hilario), ¿sabés una cosa?
- Sé muchas cosas, Don.
- Sí, pero... ¿lo que te voy a contar?
- Y... si me la ha 'e contar, de seguro, que no la he de saber. Pero... pero... ahora que me recuerdo, me parece que me la sospecho, Don.
- ¿Cuál, Hilario?
- Hable Ud. primero, Don.
- Lo del capataz León Perez.
- Esa mesmita, Don, la mesmita. Como me la habían contaó esta mañana... me lo imaginaba, pero... de asiguro, de asiguro, no le quería decir.
- Pues sí, Hilario, para decir verdad no me gustaba ese hombre.
- ¡¡¡La pucha!!! Y ¿qué le ha 'e gustar, Don, si era más ladrón que el mesmo diablo, cuando nigocia? Se lo asiguro por Dios y por mi madre, que su Ud. pone al diablo 'e capataz, le roba menos que Don León. La pucha... ¡si era ladrón! Vea, Ud., cómo son las cosas, Don Ruperto. Los otros días lo encontré cuando volvía 'el poblao, y... la pucha... me metió una lata más grande que tachero a olla 'e mate cocio. ¿Y sabe de qué me habló? Yo no es pa' hablar mal de náide, pero... le voy a decir la verdad. Me estuvo contando las hazañas: que había vendio dos novillos y una vaca gorda al carnicero... que había embarcao 22 terneras gordas pa' la Capital... que le habían robao dos yeguas con cría, y ¡qué sé yo cuantas más macanas! La pucha... le han robao ¿qué le han de robar a él, si era más pobre que pollo pelado? ¡La pucha... el ladrón era él, sinvergüenza! Ya lo creo quiso Ud. bien en echarlo.
- ¿No te parece que sí, Hilario?

-Y claro que sí, Don Ruperto. Ud necesita en su estancia, no sinvergüenzas, sino hombres honraos, que sepan cuidar de las cosas ajenas como si jüeran propias.

-¿Vos no conocés ninguno, Hilario?

-Sí, y... a esto venía, Don.

-¿Conocés alguno?

-Sí, Don, y Ud. también lo ha de conocer.

-¿Yo también?

-Sí, Don.

-¿Y quién es?

-Espere, Don. Vea: yo trabajo siempre 'e peón en la estancia "San Juan", pero... ando con gana 'e casarme con una puestera de al lao, y... la plata no me alcanza. Anduve como loco buscando trabajo, pero no hallo, Don. Entonces le pedí al patrón me aumentase el sueldo, ¡¡pero qué!!... La pucha... Viera la cara que puso: igualita a la comadreja. Esta mañana me dijo el ñato que habían echao al capataz, y... yo...

-Te viniste para acá.

-Y claro, Don, ¿no ve?

-Pero... ¿a buscar trabajo, no?

-Sí, este...

-¿Te gustaría ser mi capataz?

-Y... yo... La pucha... Claro pa' hacerle un favor a Ud. también, no, que anda como loco buscando alguno pa' capataz.

-Sí, ya entiendo. ¿Te gustaría entonces?

-Y... yo pa' hacerle un favor a Ud. y también...

-...un favor a vos, ¿cierto?

-Pues claro, Don.

-Bueno, Hilario, sos mi capataz entonces.

-Y... si Ud. quiere.

-Al fin encontré capataz. Andaba como loco buscando una persona honrada, porque para sacar un sinvergüenza y poner a otro, para eso no me molesto. Pero... al fin encontré una persona honrada.

-Ya lo creo, Don; no es pa' decir nada, no, pero... pero honraos como yo habrá 'e conseguirlos con anzuelo. Vea Ud. Don: los otros días cuereando una



vaca que se había muerto, me encontré un cuchillo 'e plata que era del patrón, y que había perdido hace tiempo, y... de enseguida no má, se lo jüi a llevar, que si jüera otro, el ladón de Don Perez no má, ¡qué ni el diablo se lo saca!

-Ya sé que sos honrado, Hilario.

-Y claro, Don.

-Bueno ¿entonces hacemos contrato?

-Güeno.

-¿Cuándo pensás venir por acá?

-De enseguida, no má; mañana mesmo, si quiere, me vengo con tuitas las pilchas: este alazán que traje recién, el recao de cuero 'e potro que me regaló mi jadu cuando murió, porque... ¡la pucha! ¡Si Ud. lo viera...! Lo pisó un caballo. ¡Pobrecito! ¡Tan güeno! Güeno mejor no amemoriarse 'e cosas tristes. Y me traigo también la rastre 'e plata que gané los otros días en las carreras a un peón de la estancia "El cuervo", y también me traigo...

-Bueno, traete todas las cosas, Hilario.

-Y claro, pue ¡qué no la he de tráir, si son recuerdos de mi padre finao! Y me traigo también el acolchao que m'hizo mi finaa madre, en las tardecitas 'e invierno, arrimadita al fogón porque era viejita y sufría mucho. Y ahora murió. La pucha... ¡tan güena, la pobre!- Y Hilario empezó a conmovearse.

-Bueno, Hilario, no te acordés de cosas tristes, que sos muy sensible para ello.

-La pucha... ¡pero si era más güena!

-Bueno, bueno venite entonces mañana con todas tus pilchas y empezás a trabajar.

-Güeno, güeno, Don. Mañana por la tarde vendré, porque de mañana he de preparar tuitas mis cositas.

-Cuando quieras, Hilario.

-Güeno, hasta mañana entonces Don.

-Hasta mañana, Hilario.

Y Hilario apretó la cincha del alazán, que había aflojado para que descansase; montó en él y salió al galope de la estancia. No cabía en sí de gozo; había encontrado al fin, un puesto acomodado a sus necesidades y podría ya



casarse; se lo diría a su novia, ella se pondría contenta; irían los dos al "Cura 'el poblao" para que los casase, y quedarían así unidos para siempre en la unión que hacía tiempo pensaban pero que veían irrealizable.

Sumido en estos hermosos pensamientos, galopaba Hilario hacia la estancia "San Juan", envuelto por la frescura de la tarde y el aroma de los alfalfares en flor y de la pajueta del trigo ya trillado, mientras se escuchaban los golpes secos de los vasos del alazán sobre el piso firme y duro por la seca, y el falido de las vacas de algún campesino que acababa de separarlas de los terneros, para la leche del día siguiente; y mientras la brisa fresca de la tarde llevaba en sus alas los gritos del boyero que renegaba con sus ovejas para traerlas al corral, y se escuchaba la monótona melodía de los grillos que perdidos en los alfalfares, rompían la muda soledad de los campos.

Eduardo F. Pironio